

mi mujer, nunca, ni con el pensamiento, la he faltado á la fidelidad prometida, más por instinto que por deber; que mi amor hácia ella durará tanto como mi vida, y que cesaré de amarla en este mundo para comenzar de nuevo en la eternidad!»

Tomó luego en brazos al duque de Gloucester, á la sazón de cinco años, y lo sentó en sus rodillas, y queriendo fijar en su imaginación infantil por medio de una imagen indeleble el consejo que dirigido á él daba, no obstante, á todos los suyos, le dijo: «¿Sabes que van á cortar la cabeza á tu padre?»

Lo cual oído del niño fijó sorprendido los ojos en su padre.

«Si, van á cortarle la cabeza,—prosiguió él insistiendo para imprimir mejor el recuerdo de sus palabras con el espanto que habian producido en su tierno hijo;—y acaso quieran proclamarte por rey. Pero atiende bien á esto que voy á decirte: No debes ser rey mientras vivan tus hermanos Carlos y Jacobo. Si pueden coger á tus hermanos, les cortarán la cabeza como á mí, ¡y quién sabe si al cabo no harán lo propio contigo! Pero no te olvides de mi advertencia; no consientas en ser rey!»

El niño, en quien tan lúgubres palabras y tan solemnes consejos produjeron extraordinaria impresión, respondió con acento de resuelta obediencia y haciendo un enérgico ademán: «¡No seré rey; no quiero serlo; antes me matarán!»

Carlos, al oírlo y verlo en aquel momento, presintió en el heroísmo infantil de su hijo una manera de intervención divina que lo tranquilizaba para lo porvenir en orden á la sucesión de la Corona cuando él ya hubiera muerto, prometiéndole por boca de un inocente probidad y justicia en los suyos. Lágrimas de alegría lloraba con esto el desgraciado

padre al devolver á sus carceleros y besar por última vez al duque de Gloucester.

LXI.

Oíanse desde su cámara, en el palacio de White-Hall, los martillazos de los carpinteros que construían el cadalso, adosado á los muros del edificio; siniestros preparativos que si multiplicaban en el reo la sensación de la muerte, no eran eficaces sin embargo á interrumpir la calma de sus conversaciones y de sus horas de sueño. Al despuntar del alba el día del suplicio se levantó, y llamando á Herbert, el único servidor que le habian dejado le dijo que lo vistiera y peinara con más espacio y cuidado que nunca, para que su exterior fuese digno de la grande y venturosa solemnidad en la cual tendrían fin sus aflicciones y comenzaría su vida eterna. Despues pasó el resto de la mañana en compañía del venerable y elocuente Juxton, obispo de Londres, digno por su virtud y piedad de comprender aquella víctima y de asistirle en el trance supremo. Más en el cielo que no en la tierra se hallaban ambos interlocutores, cuando los oficiales de Cromwell interrumpieron la plática para prevenir al reo que habia llegado la hora.

El cadalso, como hemos dicho, se apoyaba en los muros de White-Hall, dando frente á la gran plaza de este nombre, y un pasadizo lo ponía en comunicación con el palacio, por una de cuyas ventanas habia de salir el reo. Carlos se presentó, avanzó por aquella manera de puente y llegó á la plataforma sin apresurar ni retardar el paso, cual si no quisiera diferir ni adelantar de su propio movimiento

la hora marcada por Dios. Nutridas filas de oficiales y soldados de Cromwell rodeaban el tablado. El pueblo de Lóndres y de las provincias vecinas cubría la plaza, los tejados, los árboles, las torres y balcones de todos los sitios inmediatos ó lejanos desde donde pudiera ser testigo de la ejecución: unos para ver, otros para gozar, los más para dolerse de la víctima. Cromwell, que sabía el horror que inspiraba el suplicio de Carlos á la inmensa mayoría de los ingleses, los cuales lo consideraban como un deicidio, queriendo impedir el efecto que pudieran causar las últimas palabras del reo á la multitud, no consintió que se acercara el pueblo al patíbulo, sino que permaneciese fuera del alcance de la voz. Pero el cadalso tiene tantos ecos, que á las veces alcanzan hasta las extremidades de la tierra y al fin de los tiempos los postreros gemidos de las víctimas sacrificadas en él. El coronel Tomlinson, designado por Cromwell para custodiar al Rey hasta que la sentencia quedase cumplida, viendo su firmeza, su resignación y su tranquilidad se tornó su amigo, trasformándose por tanto el carcelero en servidor y adicto del preso; y como la mayor parte de los oficiales que rodeaban al coronel experimentaron en aquella circunstancia los efectos del culto involuntario que inspira siempre á los hombres el inocente condenado á muerte, acatamiento que la Divina Providencia le reserva cual si fuera el adios supremo de la tierra ó el presentimiento de que al fin la tarda justicia humana será equitativa con él en la posteridad, Carlos apareció rodeado de numeroso cortejo de adversarios convertidos en parciales y amigos, más rey que lo fué nunca en las gradas del trono, cuando se adelantó para dirigir su voz al pueblo, triste privilegio

que corresponde al reo en Inglaterra, cuyas leyes le reservan el derecho de ser quien diga la última palabra en defensa propia.

Después de justificar su inocencia y demostrar que cumplió estrictamente con sus deberes de rey empuñando las armas cuando el Parlamento se declaró en rebelión, y aún así para defender en la régia prerrogativa una parte fundamental de la Constitución, de cuya integridad era responsable ante sus descendientes, su patria y Dios mismo, reconoció con humildad cristiana que si estaba exento y libre ante la ley de los crímenes que se le imputaban, y por los cuales lo hacían morir, no lo estaba ciertamente á sus propios ojos de muchas debilidades y faltas que iba en aquel momento á expiar con la muerte, que aceptaba resignado por merecerla.

«Ratifiqué un día cobardemente—añadió, aludiendo á Strafford,—una sentencia injusta, y la sentencia injusta que voy á sufrir es justo castigo de Dios, que me hiere por los mismos filos que yo herí á un inocente! No culpo, pues, á ninguno de vosotros de la muerte á que me condena la justicia divina, valiéndose de la iniquidad humana para mi castigo merecido. Y nada más digo al pagar con mi sangre la deuda contraída con Dios, y ser sacrificado por mi pueblo, sino que así logre mi muerte devolver el reino á la paz y á la fidelidad que debe á mis hijos como lo deseo.»

Todos los circunstantes lloraban, oyendo estas palabras, y Carlos concluyó despidiéndose de los que fueron sus vasallos, é invocando á aquel que sería su verdadero juez, incorruptible y misericordioso á un tiempo. Calló, y entonces, viendo al obispo Juxton, que se volvía en dirección del tajo,

le dijo entre los suspiros y sollozos de los allí presentes:

—«Señor: solo un paso falta, penoso y duro á la naturaleza, pero corto! ¡Pensad que en un instante salvareis con ese paso una distancia inmensa, la que separa el cielo de la tierra, y que una vez en la presencia de Dios recibireis la merecida recompensa de vuestro sacrificio y la corona que nadie disputa, porque es la eterna!

—«Amigo mio, — repuso Carlos, interrumpiéndolo y completando con perfecta calma la exhortación del prelado;—cambio ahora una corona corruptible por aquella que nada puede corromper, y en cuya posesion quedaré ya para siempre!»

Iba el Rey á proseguir, cuando advirtió que uno de los allí presentes tomaba el hacha del verdugo que yacia junto al tajo, y temeroso de que pudiera mellarla y acrecentar así las sensaciones del golpe, le gritó con voz fuerte y vibrante: «*No la toqueis; dejadla!*»

Oró un momento en silencio, y terminada su plegaria, se acercó al obispo Juxton para darle un abrazo, y le dijo, estrechándole fuertemente la mano como para grabar mejor en su memoria esta sola palabra: *Remember!* (¡Acordaos!); vocablo enigmático que luego fué objeto de diversas interpretaciones y de comentarios más ó menos misteriosos y violentos; pero que sólo tenía por objeto recordar la recomendación ya hecha por el Rey al prelado de que si sus hijos llegaban á reinar en Inglaterra, perdonasen á sus enemigos. Juxton asintió con un movimiento; Carlos se arrodilló y puso el cuello en el tajo; dos hombres enmascarados, que se supone fueron Cromwell mismo y uno de sus generales adictos, dispusieron al Rey de la manera conve-

niente y con el mayor respeto para el suplicio; y hecho esto, levantando uno el hacha, lo decapitó de un sólo golpe, y tomando el otro del suelo ensangrentado la cabeza, la mostró al pueblo, gritando:

«¡Hé aquí la cabeza de un traidor!»

Un murmullo sordo, pero inmenso, primera protesta de la conciencia popular, se levantó de la muchedumbre innumerable de los espectadores al oír estas palabras, que constituían ultraje más grande todavía que la ejecución. Las lágrimas del reino protestaron así contra la ferocidad de los verdugos, y la Inglaterra se creyó, más que cómplice, culpada de parricidio y merecedora de castigo terrible. Cromwell comenzó á ser omnipotente, pero maldecido; y como asociaba la opinión pública en su persona el asesino al héroe y al político, no era posible que la libertad se sometiera de su grado á quien la ofendió en su poder y en sus recuerdos, siéndole ya desde aquel punto indispensable gobernar por medio del ejército vendido á él y cómplice suyo: que los soldados sirven y no discuten, y los suyos no tenían más conciencia que la paga. Por tal modo el crimen llevó á Cromwell á la dictadura.

El Parlamento á su vez se hallaba tan ligado y sometido á la voluntad del ejército y estaba tan divorciado de la opinión pública, que ni podía ni quería rehusar á Cromwell la menor cosa. Y como había menester de un protector, hubo de someterse al tirano, quedando siervo suyo en el mismo punto que votó la supresión de la monarquía.

Deliberaron las Cámaras de allí á pocos días en orden á los hijos del Rey, y se trató de colocar de aprendiz en una fábrica de botones á la princesa Isabel; pero la hija querida del Rey murió de dolor

que comprendiendo que quien ejerce la dictadura y deja expuesta la sociedad al saqueo, y á merced la familia de las utopías destructoras de la propiedad y del derecho hereditario, únicas bases de la existencia del género humano, ántes sería jefe de bandoleros que no de un Estado, su buen sentido le mostró la imposibilidad de razonar con semejantes ilusos y la necesidad de oponer un dique formidable que amparase juntamente la sociedad, la propiedad, el derecho hereditario y la familia, hogar sagrado de las naciones dignas del nombre de tales.

«En este caso,—exclamó un día en el Parlamento, á presencia de los principales jefes del ejército,—no cabe transacción ni tolerancia, ni término medio, sino reducir á polvo á ese partido, ó resignarse á que nos pulverice!»

Bastaron las palabras trascritas para dispersar á los *niveladores*, que desaparecieron de la escena, como algunos años después, en tiempo de Carlos II, con motivo de la insurrección de Londres, como se desvanecerá siempre lo absurdo y lo imposible al luchar con la realidad.

Las divisiones que trabajaban al ejército y al pueblo, y que tan eficaces eran á contribuir al desarrollo y progreso del desorden, le sugirieron la idea de trasladarse á Irlanda, foco de anarquía y de rebelión, para vencer y dominar en aquel terreno á todos los malcontentos. Y poniendo sin más tardanza en ejecución el proyecto, partió para la comarca insurrecta con refuerzos y rodeado de pompa régia, en carruaje de seis caballos, y seguido de un escuadrón de su guardia y del Parlamento y del Consejo de Estado que lo acompañaron hasta Brentfort. Poco después de su llegada fué vencido delante de Dublin el marqués de Ormond, que mandaba el ejér-

cito realista de los irlandeses, y así, de victoria en matanza, sofocó la insurrección en sangre, permaneciendo nueve meses en el país entre combates y suplicios, hasta que las turbulencias de los escoceses le hicieron partir de allí, dejando encargado de continuar su obra y de imitar su ejemplo á Ireton, su yerno, acudiendo él al nuevo peligro.

LXIV.

La causa realista renacía de sus propias cenizas á cada paso. El príncipe de Gales, rey legítimo de Inglaterra por muerte de su padre, pero abandonado y hasta expulsado cobardemente de Francia por la servil complacencia del cardenal Mazarino con Cromwell, se refugió primero en Holanda y luego en la isla de Jersey para estar más próximo y pronto á entrar en su patria por Escocia. Desde su asilo trataba el ilustre proscrito con el Parlamento escocés, compuesto de presbiterianos fanáticos; pero tan enemigos de la religión independiente de Cromwell como del llamado *papismo*, los cuales no le ponían otra condición para restaurar su dinastía en el reino de María Estuardo que la de reconocer la Iglesia escocesa ó presbiteriana, especie de misticismo bíblico, feroz, con pretensiones de inspirado, establecida sobre las ruinas del catolicismo por un profeta llamado Knox la espada en mano, la excomunión en los labios y el fanatismo en el corazón; verdadera secta batalladora y propia para la guerra civil, que sustituía una intolerancia con otra y justificaba la ferocidad del pueblo con pretextos de risible santidad! La Escocia recordaba en aquellos momentos una tribu hebreaica gober-

nada por supuesto espíritu divino, cuyos ministros fueran *inspirados* y sacerdotes, sin más teología que la demencia, ni otras prácticas que las naturales y propias del fanatismo; como que la superstición sincera en unos, hipócrita en otros, imprimía, no sólo á las costumbres, sino al Gobierno y al ejército de aquella insurrección contra el catolicismo, austeridad y devoción tan implacables que renovaban las memorias terroríficas de la Inquisición española. Vacilaba el príncipe de Gales, joven de singular belleza, galán, enamorado, incrédulo, verdadero Alcibiades inglés, condenado á gobernar un pueblo de sectarios supersticiosos y crueles, en aceptar un trono que no podría conservar sino fingiendo el mismo fanatismo y la misma hipocresía de su Parlamento, ó rebelándose temerariamente contra el yugo de sus sacerdotes. Influyó mucho entonces en sus dudas la circunstancia de que cuando las Cámaras escocesas le ofrecían la corona por tan poco precio, le brindaba con ella, pero más libre y gloriosa, el joven y esforzado Montrose, tipo del paladín bizarro, que participaba igualmente del héroe de los tiempos antiguos y del caballero de la Edad media, y á quien comparan los historiadores contemporáneos con los varones ilustres de Plutarco y los personajes novelescos.

Era Montrose un caballero escocés de muy elevado rango y de cuantiosos bienes de fortuna, que después de haber combatido al frente del ejército realista en favor de Carlos hasta la conclusión de la guerra, logró llegar fugitivo al continente, y á quien su nombre, su causa, sus proezas, su juventud, hermosura, buen porte, amena conversación y amables prendas de carácter, abrieron de par en par las puertas de las cortes alemanas, recibiendo

en todas ellas la mejor acogida sus proyectos de restauración del trono legítimo en Inglaterra. Y como detestaba y despreciaba á los puritanos fanáticos, lepra de su patria, y era idolatrado de los *clanes* montañeses, gente rústica y belicosa parecida bajo muchos aspectos á la vendeana, y que no entendía sino de su espada y su rey, después de haber alistado á su costa quinientos alemanes que sirvieran de núcleo al ejército que levantaría con solo presentarse á sus compatriotas, desembarcó en las costas de Escocia, y combatió cual héroe aventurero; pero con tan mala fortuna que cercado de las tropas del Parlamento antes de haber podido sublevar á la mayoría de sus parciales fué derrotado, herido, hecho prisionero y llevado con grande aparato á Edimburgo para ser escarnecido y sacrificado por el fanatismo del clero y de las Cámaras (1). En efecto, con la cabeza descubierta y herida, las ropas hechas jirones y manchadas de sangre, un collar de hierro al cuello, una larga cadena en cada brazo, sujetas ambas á los cubos de una carreta, y el verdugo delante á caballo, entró el desdichado Conde acompañado de la monótona canturía de los salmos y de los gritos é insultos de los parlamentarios y del clero presbiteriano. El pueblo, dolido de que tanta desventura fuera el galardón del heroísmo, lloraba ocultando sus lágrimas temeroso de que la conmiseración que sentía pareciese muestra de impiedad á los discípulos de Knox; pero, así y todo, el domingo siguiente predicaron los sectarios

(1) En la pág. 76 del presente estudio biográfico, á juzgar por los términos en que habla el autor de la prisión y muerte de Montrose, parece fijarla en época muy anterior; pero es indudable que alude al desenlace final de la dramática historia del Conde.—N. del T.

contra la misericordia, diciendo que la dureza de corazón era el signo distintivo y característico de los elegidos del Señor.

Llevado el conde de Montrose ante la Cámara, cuyos individuos se atribuyeron facultades judiciales, defendió con elocuencia su honra, no su vida, en un discurso digno de los primeros oradores de Atenas y de Roma. El tribunal contestó condenándolo á muerte ignominiosa; y los sacerdotes presbiterianos, á pretexto de orar por la salvación de su alma, después de haber pedido su sangre, acudieron en tropel á la puerta de su calabozo para más ultrajarlo todavía con su ridícula caridad, diciendo á coro en voz alta: «Apídate, Señor, del incrédulo protervo y traidor, que del suplicio á que lo condena la justicia humana pasará, si no lo remedia, al suplicio eterno que merece su impía perversidad.»

Hecho esto, le anunciaron que á virtud de su sentencia sería colgado en una horca de treinta piés de altura, en la cual permanecería expuesto al público tres horas; que después le cortarían la cabeza para clavarla en las puertas de la prisión, y que, finalmente, se le descuartizaría, enviando sus despojos á las cuatro ciudades principales del reino para escarmiento de malhechores.

Lo cual oído del reo contestó: «Solo siento que no hagais más pedazos de mi cuerpo y que no los disperseis por las principales ciudades del continente para dar testimonio de vuestra perversidad y de la grandeza de la causa que defendiendo hasta la muerte!»

LXV.

Cuando se vió libre de la presencia de sus perseguidores, Montrose, que cultivaba la poesía como lujo del alma, escribió unos versos consagrados al amor y á la muerte, y en los cuales eternizó la memoria de lo que más había querido en la vida, mostrándose tan inspirado poeta en ellos como ántes cumplido caballero y bizarro paladin de la legitimidad en el combate.

Al otro día sufrió la muerte con la resignación del mártir.

Cuando Carlos II supo en Jersey la derrota y la muerte de su amigo y el triunfo del Parlamento, no vaciló ya en aceptar la corona de las ensangrentadas manos de los presbiterianos escoceses, árbitros de todo á la sazón y sin rivales en Edimburgo, desembarcando en Escocia en medio del ejército que había salido á su encuentro. Lo primero que vieron sus ojos al llegar fué un brazo de su partidario Montrose, clavado en las puertas de la ciudad por los mismos que ahora lo traían para sentarlo en el trono.

Fácil es conjeturar lo que sería el reinado de nuestro jóven pretendiente, dominado por el Parlamento, vigilado por el clero, sometido por los generales del ejército que abrazaba su causa, más prisionero que soberano de sus supersticiosos vasallos, obligado de la necesidad á fingir para complacerlos un fanatismo y austeridad de que se burlaba en su fuero interno, y perseguido en su propia casa por los profetas presbiterianos que acechaban hasta los latidos de su corazón para calificarle de

crímenes públicos las ligerezas propias de su edad. Cansado al fin de la vida que hacía, y prefiriendo la libertad á ser esclavo en el trono, huyó un día de la corte con propósito de no volver más á ella y de buscar refugio léjos de tan enojosas influencias; mas lo alcanzaron fugitivo, y lo restituyeron á Edimburgo los escoceses; y como habian menester de su nombre para realizar sus fines, le otorgaron alguna parte de autoridad y le consintieron ponerse á la cabeza del ejército que marchaba sobre Inglaterra, llamado por los realistas del Norte.

Pero Cromwell le salió al encuentro con sus tropas, y penetró en Escocia. Burlando entónces el príncipe de Gales con catorce mil hombres las mal combinadas maniobras del Protector, penetró á su vez atrevidamente por la retaguardia del ejército inglés, y llegó á Worcester, á donde citó sus parciales de toda Inglaterra. Cromwell, no obstante, aunque sorprendido, infatigable, no le dejó tiempo de realizar su proyecto, pues cayó sobre Worcester con cuarenta mil hombres, peleó en las calles de la ciudad como un tigre, la inundó de sangre, y dispersó destrozados á los del Príncipe, quien, no sin haber acreditado su heroísmo y bizarría en la lucha, hubo asimismo de huir á favor de las tinieblas de la noche seguido de un puñado de caballeros. Después de haber recorrido veinte leguas ántes del despuntar del día, llegados que fueron á un bosque, abandonaron los caballos y se dispersaron á la ventura.

LXVI.

Acompañado únicamente del conde de Derby, caballero inglés que le habia llevado el contingente de la isla de Mann, se refugió primero Carlos casa de un labrador llamado Penderell; tomó el traje y las herramientas de los leñadores, y juntamente con los cuatro hijos de su huésped se consagró á las faenas campestres para mejor burlar la vigilancia de los soldados de Cromwell, que lo buscaban por todas partes, hasta que las visitas domiciliarias de los puritanos lo pusieron en el caso de abandonar aquel abrigo, donde pasó algunos dias durmiendo entre paja, comiendo pan de centeno y trabajando como un gañán, para huir de poblado, entrarse por lo más intricado de los bosques y recogerse á dormir en las ramas de una copuda y añosa encina, conocida despues por la *Real*, cuyas ramas y hojarasca lo preservaron de ser visto de los esbirros que lo acosaban. Un coronel realista llamado Lane lo albergó luégo en Bentley, proponiéndose hacerle llegar al puerto de Bristol, donde podria embarcarse para el continente; y como las marchas y contramarchas habian herido de tal modo los piés del Príncipe que ya no podia valerse de ellos, fué necesario llevarlo á caballo, peligrosa manera de viajar en aquella ocasion, tratándose de él, por las comarcas más frecuentadas precisamente de los jinetes enemigos, sirviéndole de guia la hija segunda del coronel, la cual lo condujo disfrazado de campesino á casa de su hermana Mistress Morton, situada en las cercanías de Bristol. Llegados que hubieron, la entusiasta viajera no confió á nadie cuya

era la persona que iba en su compañía, y se limitó á pedir para Carlos habitacion y cama en que descansara, y, añadiendo que tenía fiebre, lo recomendó á los criados. Uno de estos que acertó á entrar para servirlo, fijándose con curiosidad en las facciones del que suponia de igual condicion á la suya y objeto de inexplicable interes por parte de la hija del coronel, vió claramente que no era otro el imaginado labriego sino personaje de calidad á juzgar por la nobleza, majestad y hermosura de su rostro y gallardía de su persona; y como el criado conocia las opiniones de la familia de Lane, y se decia que vagaba el pretendiente por aquella comarca, y él mismo era realista, no dudó un punto de que aquel que tenía delante fuera el pretendiente perseguido, y poniéndose de rodillas á sus piés lo saludó pronunciando en voz alta la oracion acostumbrada por sus parciales para rendir homenaje al Soberano. En vano fué que Carlos insistiera en negar lo que afirmaba el criado de Mistress Morton, y al cabo hubo de rendirse á la lealtad de su partidario y dejarse reconocer, encareciéndole solamente la mayor discrecion

LXVII.

No habiendo encontrado en la costa medio de trasladarse al continente, hubo de pedir hospitalidad á la familia realista de una viuda llamada Mistress Windham, la cual, despues de haber perdido á su esposo y tres hijos combatiendo por la causa de Carlos I, aún tenía fuerzas y abnegacion bastante para ofrecer al pretendiente los dos que le quedaban. Excusado parece añadir que recibió en su ho-

gar á Carlos II, más como rey que como fugitivo.

«Cuando mi marido se hallaba postrado y á punto de pasar de esta vida,—dijo la noble viuda,—mandó ir á su alcoba nuestros cinco hijos, y les habló así:—«Hijos míos: hemos visto correr dias serenos, felices y tranquilos bajo el cetro de nuestros tres últimos monarcas; pero advierto en el horizonte los indicios de una grande tempestad; veo surgir por todas partes facciones batalladoras que amenazan turbar la paz del reino. Si tal cosa sucede, cualesquiera que sean los acontecimientos, respetad á vuestro príncipe legitimo, sedle fieles y obedecedle y acatadlo en todo. Si, concluyó, acentuando de una manera enérgica sus últimas palabras: os mando que permanezcais fieles á la corona de nuestros reyes, *aunque la veais colgada de una escarpia en un camino!*»

«¡Estas palabras—prosiguió la de Windham—fueron ley para mis cinco hijos; tres murieron obediéndolas; hé aquí los otros ganosos de hacer en vuestro servicio lo que hicieron sus hermanos en el de vuestro augusto padre!»

Todos los realistas de la comarca eran sabedores de que Carlos se hallaba hospedado en casa de los Windham; pero la fidelidad sellaba los labios de cuantos conocian el secreto, y así permaneció ignorado milagrosamente del enemigo largo tiempo, y sólo estuvo á punto de ser descubierto el dia que salió el Príncipe de su asilo en direccion de la costa para embarcarse y huir de su patria, poniendo el mar entre su cabeza y el hacha de Cromwell. Porque, como al caballo que montaba Carlos se le cayera una herradura, el mariscal á quien acudió el jinete para reponerla, echó de ver á seguida que las restantes habian sido forjadas en el Norte, circunstan-

cia que despertó sus recelos; pero el herrador calló, y S. A. pudo salvar la distancia que lo separaba de la costa sin ser molestado, y embarcarse para el Continente, donde volvió á pedir asilo huyendo de la saña de Cromwell.

LXVIII.

Vencidos los realistas, decapitado el Rey, reprimidos los niveladores, anegada en sangre la Irlanda, sometida la Escocia, lisonjeada la nobleza, sujeto el Parlamento, extinguidas ó adormecidas, por medio de la libertad de conciencia, las facciones religiosas, y felizmente conducida y fecunda en victorias marítimas la guerra con la Holanda; y luego la dimision de Fairfax, que renunció á su mando, arrepentido y enojado de todo y con todo; y la flexibilidad de Monk, que gobernaba en Edimburgo y enfrenaba á los escoceses; y la subordinacion espontánea, servil y adulatoria de los demas jefes militares que se prosternaban delante del vencedor; y, por último, cuantas circunstancias, crímenes, cobardías, bajezas, infamias y éxitos forman el séquito de los favoritos de la fortuna, se daban cita entónces y acudían en tropel alrededor de Cromwell, habrian sido ciertamente muy eficaces á no dejarle nada por desear si la posesion completa y absoluta de su patria le hubiera bastado. Pero los que han hecho verdadero estudio de su carácter, analizándolo con estricta imparcialidad, saben que no le satisfacía eso únicamente, y que ántes se preocupaba de la salud de su alma que del imperio, pues nunca fué más teólogo que cuando se halló en el apogeo del poder. Así vemos que al quedar por dueño y árbitro de

todo, en vez de proclamar su soberanía bajo una denominacion cualquiera que fuese, deja que sus amigos entroniquen la república, y se dá por satisfecho con empuñar su espada y llevar su voz, esto es, con ser su brazo y su palabra; como que sus decretos ántes parecen oráculos que no resoluciones, y él, no tanto pretende la jefatura del Estado, cuanto ejercer el oficio de *Gran inspirado* de la nacion. Algunos párrafos de su correspondencia, escritos en aquella época, servirán para demostrar lo que decimos y dar testimonio de la humildad de sus pensamientos, que no eran otros á la sazón sino los de un padre de familia cristiano y humilde, que no aspira en modo alguno á ocupar el trono, y ménos aún á vincularlo en sus hijos, fundando dinastía.

«No vayas en carroza de lujo,—escribe á su hija Dorotea,—sino en el caballo de campo del abuelo.»

Casa á su hijo mayor Ricardo con la hija de uno de sus amigos, de modesta condicion y escaso caudal, y apénas si le da medios con que ocurrir á sus obligaciones. En cambio, dice por carta lo siguiente á su consuegro:

«Os confío á Ricardo. Dadle buenos consejos, que bien los há menester, pues temo que si le faltan se deje llevar de inclinaciones mundanas. Hacedlo trabajar; que siempre fué muy eficaz el estudio para conseguir altos fines, sometiéndolo por supuesto á las cosas divinas, y de todos modos preferible á la holganza y á la voluptuosidad, en razon á que por su medio llegan los hombres á ser dignos y propios de consagrarse al servicio del pueblo, fin principalísimo para que ha sido creado.»

«No hay que desalentarse,—dice á otro pariente suyo, llamado lord Warthon,—porque si os causa escándalo que designen los electores por sus dipu-

tados malos é indignos representantes en menos-cabo de los buenos y desprestigio del Parlamento, cosa que sucede las más de las veces por falta de criterio, y que así acontece hace nueve años, ved y considerad bien cuánto ha hecho Dios en ese tiempo valiéndose de tan detestables instrumentos! ¡Cuán impenetrables son los designios de Dios!...

»Por efecto del escándalo y perturbacion que producen estas cosas en vuestro espíritu,—añade Cromwell más adelante,—os sentís afligido, acongojado y lleno de tribulaciones. Yo, en tanto, me hallo rebotando confianza, fe, luz y satisfacción interior. ¡Si supiérais—concluye al correr de la pluma—cuánto es engañoso el mundo, y cuánta su perfidia, y cuán numerosas y halagadoras y estultas las imaginaciones del orgullo que nos domina y avasalla!... ¡Si supiérais cuánto es noble y elevado ser el servidor de Dios en la empresa más ruda y humilde, y cuánto trabajo cuesta elevarse por tal modo sobre las miserias y debilidades del mundo y ponerse al nivel del servicio que nuestro Padre nos exige! ¡Pensad, no más, cuán cómodo y fácil y apropiado á nuestra naturaleza es flaquear y caer, teniendo tanto imperio en nosotros la carne sobre el espíritu!...»

LXIX.

Pero las cartas dirigidas á su hijo Ricardo están más penetradas todavía de unción y domesticidad de lo que pudiera creerse y esperarse, aún despues de haber leído los párrafos que anteceden, tratándose de un hombre que tenía los piés en un charco de

sangre, donde se habían juntado y revuelto la de su Rey, y la de Irlanda, Escocia é Inglaterra; efecto singularísimo del reposo en que se hallaba su corazón, merced á su falseada conciencia, y del sincero, pero erróneo misticismo de su espíritu.

«Tus cartas me agradan por extremo y me conmueven,—dice á Ricardo;—porque ante todo me complacen las palabras que brotan del corazón sencillamente, sin estudio ni arte. Cada día estoy más convencido de que debes á la infinita bondad de Dios la mujer que tienes y la familia con la cual has emparentado. ¡Loado sea el Señor por ello! ¡Alábalo tú también y bendícelo, y demuéstrole tu gratitud constantemente, y cumple con tus deberes para mayor gloria de Dios, y parecer menos indigno de sus bondades! Busca en toda ocasion al Señor y su divina presencia, y sea esto el gran negocio de tu vida! Porque bien será decirte que no alcanzamos el conocimiento de Dios por medio de libros y definiciones teológicas, sino de nosotros mismos; y que su eficacia es tan grande que trasforma el espíritu á virtud de una influencia independiente de nosotros y divina. ¡Conocer á Dios es tanto como divinizarse á sí propio en él y por él!... Pero ¡cuán poco se conocen las Santas Escrituras!... No te olvido en mis oraciones... Procura comprender y darte cuenta de la república fundada por mí, así como de las bases en que descansa... He sufrido mucho al sacrificarme por el pueblo... Tu suegro, mi buen amigo Mayor, te servirá de mucho para obtener el conocimiento de estas cosas... Acaso entiendas que no he menester de recomendarte que ames mucho á tu mujer. Pero te diré, no obstante, que pido á Dios con toda mi alma que te ilumine y enseñe á amarla, pues de lo contrario no sería santo ese amor, y siéndolo.

esto es, cuando el amor es puro entre los esposos, bien puede compararse su alianza con la del Señor y la de las almas que contiene su Iglesia. Saluda de mi parte á tu mujer; dile cuánto la estimo y me complazco de su bienestar espiritual, y añádele que deseo tener noticias de su fecundidad moral y física. ¡Y á tí, mi amado hijo, que Dios te colme de bendiciones!

Tu padre cariñoso,

OLIVER.»

LXX.

Y como advertimos la misma preocupacion de las cosas del cielo confundida con la misma inquietud respecto de las cosas terrenas en cada linea de sus cartas de siempre á parientes y amigos íntimos, nos ocurre preguntar: ¿Acaso fingió con deudos y familiares toda su vida? ¿Es posible fingir constantemente por espacio de muchos años, sin desmentirse una sola vez, ni en el seno de la esposa, ni al lado de los hijos, ni en el círculo estrecho de los parientes é íntimos, ni en las expansiones del hogar doméstico, ni en la hora suprema de la muerte?

«Desearia mucho saber cómo está el chiquitín de Ricardo y Dorotea,—escribia una vez á su consuegro,—y de buena gana reñiria por su negligencia en orden á esto á Ricardo y á su mujer, de la cual tenia mejor opinion que de su marido, cuya pereza conozco de muy antiguo. Se me antoja, ya que hablo de ambos, que Ricardo está echando á perder á Dorotea con sus mimos, cosa que no le perdonaré, á ménos que no se halle vuestra hija en cinta; que de ser así, bien está todo y que Dios la bendiga!...

Espero que dareis buenos consejos á Ricardo, pues se halla en la época más peligrosa de la vida, y el mundo lleno de vanidad, y si á todos es necesario y provechoso acercarse lo más posible al Señor, esta necesidad y conveniencia suben de punto tratándose de gente moza é inexperta. No me olvidéis. Estoy muy atareado, y el despacho de los negocios absorbe todo mi tiempo de tal modo que si me viérais trabajar os daria lástima y comprenderiais que no valen los grandes empleos las molestias que causan. Sólo me consuela en este caso la idea de que Dios me ve, y la certidumbre de que no he ambicionado nada de cuanto tengo, sino de que, por el contrario, es el Señor quien me ha elegido para condecorarme con ello. De aquí la esperanza que me alienta en toda ocasion á perseverar y me fortalece para cumplir su voluntad y realizar el objeto para que fui criado. ¡Auxiliadme, no obstante, con vuestras oraciones! Y dicho esto, me despido por hoy con recuerdos afectuosos á mi querida hermana, á Ricardo, á nuestra hija Dorotea y á mi prima Ana de parte de vuestro hermano y cariñoso amigo,

CROMWELL.»

Las mismas frases, aunque más finas y tiernas todavía, emplea en las cartas á su mujer, virtuosa y ejemplar matrona, con la cual vivió siempre santamente y en el mejor acuerdo.

«Para mi querida esposa Isabel Cromwell,» dice una de estas epistolas en el sobre, y dentro reza como sigue:

«Te quejas de mi silencio, y de que parezco desmemoriado de nuestros hijos pequeños y de tí, cuando soy yo quien debiera quejarse por el amor que os tengo á todos. En cuanto á tí, ¿qué decirte

sino que has sido, eres y serás el objeto más caro a mi corazón? ¡Y basta!...

»Pero si el Todopoderoso nos ha mostrado mucha misericordia y auxiliádome particularmente de una manera milagrosa, comienzo á sentir ya el estrago de los años, de las enfermedades y de los trabajos, y por más que hago el mal se apodera de mí con rapidez extraordinaria. ¡Plegue al cielo que mi propension al pecado ceda y disminuya en la medida de mis fuerzas físicas! ¡Acuérdate de mí en tus oraciones, y pide al Señor esta gracia para tu esposo!»

LXXI.

Y tanto se afana por alentar á los unos, fortificar á los otros, y predicar á todos con la fiebre de proselitismo y de convicción que lo devora, que llega en ocasiones á persuadirse de la extravagancia de sus discursos.

«Perdonad,—decía en el apogeo de su grandeza y poder á un amigo que se apartaba de su lado en odio á la implacable fiereza de que daba muestras en Irlanda y Escocia;—perdonad mi extravagancia, pero sabed que, á las veces, eso mismo que tanto censurais, da ópimo fruto, en razon á que si excede los límites del buen sentido, el celo y la caridad la inspiran! ¡Tened esto en cuenta, y no dudareis entonces de que soy un hombre sinceramente sometido al Señor!—Señor!—añade al concluir su epístola,—no apartes de mí tu rostro, ni tu misericordia de mis ojos! Adios!»

«No puedo decidirme—dice á su mujer en otra carta—á dejar salir hoy el correo sin escribirte

algo, áun cuando en verdad nada ó muy poco tenga que decirte; pero ¡me complace tanto corresponder contigo, mi muy amada! ¡Que Dios te bendiga y multiplique sus dones sobre tí! ¡Que derrame sobre tí el Señor la luz de su fuerza, como yo se lo pido, por ser este beneficio más grande que la vida y el único que pueda tu alma desear! ¡Oh tú, la que habita dentro de mi corazón! ¡bendiga el Todopoderoso tus buenos consejos y ejemplos á nuestros amados hijos! Reza mucho por tu

OLIVER!»

LXXII.

No ménos expansivo, teólogo y afectuoso se mostraba Cromwell con su yerno Fleetwod, á quien habia dejado en Escocia con un mando á las órdenes de Monk. Decíale, pues, cierta ocasion, hablándole familiarmente y lamentándose de haber tenido que separarse, forzado de la necesidad, de aquella rama de su casa:

«Abrazad por mí á vuestra mujer, mi muy amada hija, y encarecedle la necesidad de que no esclavice su corazón; pues la esclavitud es causa de miedo, y el amor lo excluye. ¡Pobre Biddy! ¡en esto precisamente consiste su error!

»El amor razona de muy otro modo! ¡qué Cristo-Ley! ¡qué padre amoroso en él y por él! ¡qué nombre tan grande el suyo: Padre celestial! como que se llama á sí propio con estas palabras paciente, misericordioso, hacedor de todo, dispensador de todo y perdonador de todas las faltas y trasgresiones! ¡Por eso es tan sublime su amor! Recuerdos cariñosos á mi Enrique, y decidle que rezo devota-

mente por él para que crezca y se fortifique y viva en el Señor. Hacedme presente á todos los oficiales.»

LXXIII.

Prósperos iban los negocios de Cromwell en aquellas circunstancias, y todo parecía conspirar en favor de su encumbramiento y de su gloria. Empero siempre atribuía las grandezas de la república, en vez de apropiárselas, al cielo, sin que haya sido posible hallar la menor huella pública ó privada en su vida que sea parte á dejar entrever siquiera el propósito de afirmar su poder y de robustecerlo por medio de un cambio en su denominación y en la manera de condescendencia voluntaria que sujetaba en absoluto á su voluntad así el Parlamento como el pueblo y el ejército. La historia, por el contrario, á cuya escrutadora mirada no escapa cosa ninguna en el trascurso del tiempo, y que revela sus descubrimientos á la posteridad, sólo ha podido inquirir que Cromwell experimentaba entónces invencible aversión á encumbrarse más de lo que ya estaba. Y como es evidente por otra parte, á juzgar de sus propias palabras, que no seguía rumbo alguno sino aquel que á su parecer le trazaba la voluntad divina por medio del oráculo interior, y ni Dios ni el oráculo se habían explicado claramente aún en favor suyo, así se hallaba dispuesto á bajar como á subir, y esperaba la inspiración ó el mandato para ejecutarlo sin más tardanza y con igual obediencia en ambos casos. Poco tardaron la movilidad natural del pueblo y la creciente y ambiciosa impaciencia del ejército en sugerirle con la

inspiración el mandato de lo que debía poner por obra.

En efecto, sentíase la Inglaterra fatigada ya del Parlamento largo, y había comenzado á denominarlo con apodos á cual más despreciativo: que por tan grotesca manera sentenció el pueblo á muerte los poderes que se le antojan odiosos. Ni podía tampoco ser de otra suerte, pues lo hacía responsable de las declamaciones de los puritanos, de las hipocresías de los santos, de la impopularidad de los demagogos, de las locuras antisociales de los niveladores, del asesinato del Rey, inicua y sacrilegamente sacrificado, de los remordimientos que agitaban la conciencia pública, de los impuestos, gabelas, muertes y desgracias ocasionadas por la guerra civil, y de la tiránica dominación ejercida por sus individuos durante cinco años sobre la masa general del país; tiranía más insoportable por ser anónima que hubiera parecido siendo impuesta por un hombre grande y famoso. Y si á esto se añade que Cromwell tuvo el arte ó la fortuna de realizar actos mientras los diputados peroraban, de popularizar su nombre y encumbrarse mientras ellos se hundían en la opinión, y de asumir la gloria de los hechos militares, dejándoles solamente la responsabilidad de los crímenes, fácil será comprender que, aun no alcanzándoseles mucho el desprestigio en que habían caído, bastó que lo advirtieran para intentar el desagravio revolviéndose contra su señor. Comenzó entónces la conjura por cinco ó seis grandes republicanos, recelosos como la libertad, los cuales se propusieron perder á Cromwell; y como los discursos de Vane, su orador más principal, fueran dirigidos á poner en tela de juicio la autoridad militar, y el auditorio los acogiera con señaladas muestras de